

“LLAMADOS A SER COMUNIDAD”

Ante el Día de Caridad en el domingo del “Corpus Christi”

Queridos diocesanos:

La solemnidad del Santísimo Cuerpo y Sangre de Cristo, llega un año más como un eco de la celebración del Misterio pascual de Jesucristo que culminó en Pentecostés pero que nos permite e invita a renovar las actitudes personales y las expresiones que brotan en nuestra vida cuando evocamos, sincera y profundamente, el acontecimiento central de nuestra fe: la muerte y la resurrección de nuestro Redentor. El domingo del “*Corpus Christi*” es una gran fiesta de gratitud y de alegría ante lo que significa la Eucaristía como sacramento del amor por excelencia, el “*Amor de los amores*” como dice el himno más veces cantado en honor del Santísimo Sacramento.

En efecto, en la Eucaristía se contiene y se nos ofrece el amor del Señor “*por nosotros y por muchos*”: un amor tan grande como quien nos lo ofrece, porque es el amor personal que brota del corazón de Cristo, un amor generoso, gratuito e inmenso, siempre a disposición de toda persona necesitada no solo del pan material sino también de consuelo, esperanza, fortaleza, alegría... Celebrar la Eucaristía significa dejarse alimentar por Dios mismo y construir la propia existencia no sobre los bienes materiales hacia los que tendemos más o menos egoístamente, sino sobre una realidad que no perece y que Jesucristo nos da con su palabra y en el sacramento. La Eucaristía es fruto agradecido que manifiesta la entrega que Cristo hizo de sí mismo, es decir, la donación del “*amor más grande*” que pueda imaginarse, el amor divino que le llevó a dar su vida en la cruz y a convertirse en el “*pan de la vida eterna*”.

Por eso la recepción de ese “*pan*” hace de todos los que participan una verdadera fraternidad como da a entender la palabra “*comunión*” (“*común-unión*”), usada también para designar el Misterio eucarístico porque resume, en sí misma, la dimensión vertical y la dimensión horizontal del don de Cristo en este sacramento: unión con Él y unión entre quienes lo recibimos. San Pablo lo ponía de manifiesto cuando exhortaba a la unidad a los cristianos de Corinto: “*El cáliz de la bendición que bendecimos, ¿no es comunión de la sangre de Cristo? Y el pan que partimos, ¿no es comunión del cuerpo de Cristo? Porque el pan es uno, nosotros, siendo muchos, formamos un solo cuerpo, pues todos comemos del mismo pan*” (1 Cor 11,16-17).

La afirmación de fondo no puede ser más realista y las consecuencias prácticas tampoco: participar en la Eucaristía, signo y causa de unidad, pide y exige cultivar actitudes y gestos verdaderos de amor solidario y efectivo con todos, de manera especial con los más necesitados. Como hacían los primeros cristianos, que “*vivían todos unidos y tenían todo en común*”, *vendían posesiones y bienes y los repartían entre todos, según la necesidad de cada uno*” (Hch 2,44-45). Porque no se puede decir que se ama a Dios, a quien no se ve, si no se ama de manera efectiva al prójimo a quien se ve (cf. 1 Jn 4,20). El cristiano no puede ceder a la tentación del egoísmo que termina endureciendo el corazón y cerrándolo al amor verdadero, el que crea comunidad y da frutos de justicia social, diálogo, solidaridad, participación, desarrollo integral, bien común, paz...

No lo olvidéis: La comunión con Cristo en la Eucaristía y el culto que debemos darle como expresión de gratitud, tienen su piedra de toque en la práctica efectiva de la caridad.

+ Julián, Obispo de León